

LA “SOCIEDAD DE COLOR” EN EL PAPEL
LA CONSERVACIÓN Y EL PROGRESISTA
DOS SEMANARIOS DE LOS AFRO-URUGUAYOS

POR

ALEJANDRO GORTÁZAR
Universidad de la República, Uruguay

Es ya una idea bastante aceptada que el “capitalismo impreso”, según la expresión de Benedict Anderson, fue central en la creación de la comunidad imaginada nacional decimonónica. Según este autor el periódico y la novela fueron las formas que contribuyeron a generar una experiencia del tiempo compartida por “todos” los habitantes de una nación simultáneamente (Anderson 46-7). El periodismo de fines del siglo XIX, ayudó a ensanchar esa comunidad imaginada en el papel, promoviendo debates políticos, difundiendo información para la comunidad, divulgando literatura (a través de sus páginas o en folletines) y fomentando prácticas no discursivas como la lectura tanto privada como pública.¹ De esta forma el periódico contribuyó a la construcción de una ciudadanía de mayor base social, a diferencia del proyecto independentista, y también a delimitar sensibilidades –o públicos– específicos como es el caso de las mujeres o la comunidad afro en Latinoamérica.

Es por este motivo que semanarios uruguayos de la “sociedad de color”² como los que analizaré en este trabajo *La Conservación* (1872) y *El Progresista* (1873) –los primeros de una historia periodística que siguió hasta bien entrado el siglo XX– son de particular importancia, no sólo porque representan una ampliación de los sectores letrados con un equipo de la comunidad afro-montevideana, sino también porque el acceso a la palabra escrita pública modificó su representación de sí mismos como grupo social específico y en su relación con los otros. Los semanarios fomentarán la formación de un público específico que prepare a los afro-uruguayos para la ciudadanía. El tránsito de esclavo a ciudadano del Estado-nación se produciría entonces correlativamente con el acceso a la palabra escrita pública y a la elaboración de un discurso identitario propio.

¹ Sobre este punto son interesantes las consideraciones de Antonio Cornejo Polar respecto al impacto de la literatura costumbrista y la prensa periódica durante el siglo XIX, cuyo éxito no dependió exclusivamente de los ciudadanos de la ciudad letrada, en sociedades mayoritariamente analfabetas, sino también de la “oralización de lo escrito [que] era punto menos que una necesidad” (14).

² La expresión va entre comillas por dos motivos: el primero, se trata de una cita tomada del subtítulo de *La Conservación. Órgano de la sociedad de color* y que repite, casi igual, *El Progresista. Órgano de los intereses de la sociedad de color*; el segundo, que esta expresión es un eufemismo, que en sentido lingüístico representa la sustitución del término “negro”, y que por lo tanto, independientemente del sujeto que enuncia, encubre una ideología racista. Para estos argumentos ver Pilar Asencio.

Mi hipótesis es que el discurso de reconstrucción de la raza promovido por los semanarios *La Conservación* y *El Progresista* está basado en una ruptura radical con el pasado esclavista y en la necesidad de prepararse para los nuevos desafíos de la ciudadanía: el reclamo de una igualdad real, la unión de la comunidad afro-uruguaya, y la necesidad de su ilustración letrada. Este proyecto generó una nueva oposición al interior de la comunidad imaginada nacional entre los hombres negros y los hombres blancos, diferente a la oposición del proyecto independentista (europeos versus americanos), que si bien no desestabilizó el proyecto nacional lo perturbó fronteras adentro, poniendo en evidencia las diferencias raciales.

La irrupción de este discurso de raza está vinculada al acceso a la palabra escrita por parte de un equipo letrado de afro-uruguayos que provocó las reacciones del sector letrado mayoritariamente blanco, así como de los propios afro-montevideanos. Las denuncias de discriminación pueden ser leídas a contrapelo de la idea de un “pueblo” racialmente homogéneo o de una “etnicidad ficticia” (Balibar-Wallerstein) que caracteriza a la conformación de un Estado-nación. La construcción de un “nosotros” diferenciado no consistió en el “separatismo” sino en la apropiación de los valores liberales y la representación de una “sociedad de color” minoritaria en el mundo “blanco” de la letra.

LA CONSERVACIÓN Y EL PROGRESISTA: DOS SEMANARIOS DE Y PARA LOS AFRO-URUGUAYOS

A diferencia de la “gran prensa” diaria de la segunda mitad del siglo XIX, los semanarios *La Conservación* y *El Progresista* no estuvieron en la primera plana de los debates políticos, ni en el día a día de los lectores, ni acogieron en su redacción a los “grandes hombres” de la política y la cultura uruguayas. Ambos tuvieron una corta vida. Sin embargo, esto no debe ocultar la importancia de su emergencia no sólo a nivel nacional –por ser los primeros semanarios de los afro-uruguayos– sino regional, ya que desde 1850 la prensa de los afro-argentinos de Buenos Aires contaba con algunas experiencias interesantes.³

El semanario *La Conservación* alcanzó los 17 números publicados semanalmente durante cuatro meses (todos los domingos de agosto a noviembre de 1872) y *El Progresista* apenas siete números (todos los jueves de setiembre a octubre de 1873). Ambos proyectos contaron con los mismos redactores y se posicionaron como únicos “órganos” de la comunidad afro-uruguaya y sus intereses. Además persiguieron el mismo fin político (la candidatura a diputado de José M. Rodríguez) y cultural a través de una “misión” educativa que tuvo diferentes desarrollos. Esta continuidad fue señalada explícitamente en la primera editorial de *El Progresista* en el que se afirma: “Las opiniones que emitimos en *La Conservación* son las mismas que hoy nos han de guiar. Defender lo bueno, y atacar lo malo” (1, col. 1). El postulado no implicaba la oposición entre negros y blancos. Un ejemplo fue la crítica al Club Defensa que se extendió durante cuatro números (*La Conservación*, 13 a 17). Esta sociedad de afro-uruguayos dividió a la

³ Con respecto a la prensa afro-argentina ver César Díaz. En este sentido es interesante destacar que el semanario *La Conservación* publicó como editorial del número 6 (Domingo 8 de setiembre de 1872) una carta R. Mendizabal, “joven de nuestra raza” y director de *El Mercantil* de Buenos Aires. La interacción de los semanarios con Buenos Aires fue bastante fluida.

comunidad a raíz de su apego al Partido Colorado.⁴ Volveré sobre esta postura y su relación con los semanarios más adelante.

El semanario *La Conservación* tenía cuatro páginas, distribuidas en tres columnas, en las que se advierte cierta regularidad en las secciones. La portada del semanario se abría con un “Editorial”, la mayoría de las veces sin firma (por lo que se entiende que eran firmadas por “la redacción”) y durante los dos primeros números con un folletín (la novela *Rob Roy* de Sir Walter Scott). Le seguían una “Sección Especial” y de “Remitidos” centrada fundamentalmente en los aportes y noticias del Club Igualdad, una Sociedad de afro-uruguayos estrechamente vinculada al semanario, y los aportes literarios que iban desde cartas hasta largos poemas, que aportaban los lectores. Bajo el título “Variedades”, se realizaba una tarea de divulgación a través de la publicación de diferentes textos literarios anónimos o de autores consagrados (como José Zorrilla, por ejemplo).

Entre las secciones más interesantes se encuentra la “Crónica”, firmada por Pichón, que estaba dirigida a la mujer casi exclusivamente y que estaba centrada en la vida cotidiana de la comunidad. Chismes, historias de amoríos (siempre anónimos), cartas y poemas (también de amor), y crónicas de bailes de la comunidad, eran los temas abordados en esta sección. Las dos últimas páginas del semanario se completaban por lo general, como el resto de los periódicos montevidéanos, con anuncios de “Remates”, la llegada de diferentes mercaderías al puerto (“Aduana”) así como los barcos que ingresaban en el mismo (“Marítima”), así como con “Avisos” de tipo comercial y “Diversiones Públicas” como obras teatrales, operas o bailes.

El equipo de redacción estaba compuesto al comienzo por: Marcos Padín, Agustín García y Andrés Seco y sufrió algunas modificaciones en los números siguientes. A partir del número 6 la cantidad se redujo a dos (Padín y Seco). Posteriormente se incorporó al cronista Guillermo Martínez. El número 11 tuvo como único redactor a Padín, y se publicó

⁴ El Partido Colorado es uno de los partidos tradicionales que junto con el Partido Nacional signaron la vida política en Uruguay hasta bien entrado el siglo xx, y que durante casi todo el siglo xix se vieron enfrentados incluso en las armas al punto de mantener al país durante más de diez años bajo una guerra civil que se conoció como Guerra Grande (1839-1851). El principismo fue un movimiento político y cultural que emerge en Uruguay luego de la Guerra Grande y se consolida hacia 1872, como respuesta ante el caudillismo y las constantes guerras civiles. Las doctrinas difundidas por los principistas, que los periodistas negros apoyaron, tuvieron como base filosófica el espiritualismo ecléctico, dominante en la Universidad, y el liberalismo como ideología política. Algunos de los principios ideológicos del movimiento fueron el respeto por las libertades individuales “como base de las libertades públicas y de la eficiencia democrática”, su “fe en la soberanía popular como origen del gobierno”, el “predominio del poder civil” y la “educación democrática” (Oddone 118). Las investigaciones de Juan Antonio Oddone y Arturo Ardao, que datan de la década del cincuenta del siglo xx, se centran en los aspectos políticos y doctrinarios del movimiento. Recientemente, aunque sin demasiadas repercusiones, se ha comenzado a indagar en los aspectos culturales y literarios de la “generación del 72” sin que la presencia de los órganos de prensa negra sea incluida ni mencionada. Me refiero a Rocca que aborda las relaciones entre periodismo y literatura y Wschebor que analiza el problema del folletín como industria cultural y la construcción de una subjetividad femenina y burguesa. Estos dos trabajos se centran en el caso uruguayo. El estudio de la relación entre los “principistas negros” y el movimiento en general, así como su reevaluación global, es una tarea pendiente para la historia de la cultura y la literatura uruguayas.

un texto de Seco argumentando su alejamiento por razones personales. A partir del siguiente número ingresó al equipo Timoteo Olivera quien ya había colaborado como poeta para el semanario. Fue Andrés Seco uno de sus ideólogos más importantes, no sólo por el respeto que demuestran el resto de los colaboradores sino por la persistencia de sus ideas, que conocemos por las editoriales firmadas por el autor, y que se continúan en las “anónimas”.

Por su parte, el semanario *El Progresista* contaba con un formato mayor (tabloide) con cuatro páginas distribuidas en cuatro columnas. El nuevo emprendimiento también contó con secciones permanentes similares a las descritas más arriba. Tuvo también un folletín (la novela *Heroísmo de una madre* de Eleuterio Llofriu y Sagra) cuya publicación se vio trunca y motivó las disculpas de la redacción en el número 4 y su re-publicación en el número 6 (exclusivamente). Hubo, sin embargo, algunas modificaciones. La más significativa, el refuerzo de la “Crónica”, a través de una nueva sección denominada “Nidal” que marcó la reaparición de Pichón (el cronista de *La Conservación*) y que fue denominada por él mismo como una “sección cronicuda” (4, 1, col. 4). Asimismo se agrega “Miscelánea”, con características similares a la crónica, firmada por Bucefalo. Todas estas secciones destinadas a “pasar un momento agradable” estaban dirigidas fundamentalmente a las mujeres. Como diferencia, se advierte en *El Progresista* la escasa presencia de secciones como “Marítima”, “Remates” o “Aduana” y una mayor presencia de producción original.

Por último, la emergencia de ambos semanarios fue acompañada por una serie de respuestas positivas (el “Programa” de *La Conservación* fue publicado antes de su aparición por tres diarios montevidéanos *El Siglo*, *Los Debates* y *Ferro-Carril*) y también por una serie de resistencias en muchos casos muy virulentas, por lo que puede leerse en las páginas de ambos semanarios. Este es el tema de la siguiente sección.

EL ACCESO A LA CIUDAD LETRADA

Durante el período colonial y hasta bien entrado el siglo XIX, los africanos y sus descendientes fueron organizados, siempre bajo la mirada vigilante de la ciudad letrada, a través de diferentes instituciones: la Iglesia (Cofradías), el Ejército (Batallones de Pardos y Morenos) o la Policía (Salas de Nación). A fines del siglo estas condiciones se vieron modificadas por las nuevas reglas que impuso el mundo del trabajo, diferentes a las impuestas por el sistema esclavista, y el desafío del ejercicio de la ciudadanía. La emergencia de los semanarios negros y la aparición de las primeras organizaciones autónomas de afro-uruguayos (Sociedades y Clubes) a fines del siglo XIX no pueden ser analizadas como fenómenos aislados. De algún modo, la relación del semanario *La Conservación* y el Club Igualdad, a pesar de las diferencias que los propios redactores se ocuparon de marcar, puede ser leída como parte de un mismo proyecto político y cultural.

Algunas de las instituciones previas a las Sociedades y Clubes tuvieron la necesidad de crear escuelas, como en el caso argentino (Andrews 167-86), o insertaron a los afro-uruguayos en “públicos” relacionados con la palabra escrita (oratoria, misas, clases de doctrina cristiana, proclamas). Por otra parte, dadas las características de la esclavitud en Montevideo (tareas artesanales y domésticas) se produjo un mayor “contacto” entre los

blancos letrados y los esclavos. Uno de los resultados de estas relaciones “domésticas” es el letrado liberto –licenciado en Derecho– Jacinto Ventura de Molina, rechazado por la comunidad letrada de su tiempo. Su caso es, aparentemente, el único del que haya quedado registro. El licenciado fue un negro libre cuyo tutor, el español José de Molina, le enseñó a leer y escribir e incluso promovió su formación escolar con Dámaso Antonio Larrañaga.⁵

No es todavía el tiempo de la reforma educativa que generalizará la educación pública hacia 1880, pero el esfuerzo conjunto de la Iglesia y el Estado en este punto consiguió algunos resultados. La aparición de un grupo de letrados negros así como los abundantes aportes de diferentes lectores y colaboradores, sugieren que el proceso de integración de los afro-montevideanos a la palabra escrita estaba consolidándose lentamente desde un tiempo atrás. Los diferentes textos publicados ponen en evidencia que los “progresos” de los afro-uruguayos, tantas veces mencionados en sus páginas, eran una realidad incuestionable.

Sin embargo, este proceso de ampliación de los equipos letrados a fines del siglo XIX no fue nada pacífico. La comunidad letrada, mayoritariamente blanca, rechazó la emergencia y la continuidad de estas publicaciones e incluso consideró exageradas las denuncias de discriminación. Pero los ataques no vinieron exclusivamente de los periódicos “blancos” sino también de la propia comunidad negra. Lo que queda de estas polémicas es lo que puede leerse entrelíneas en los semanarios, ya que los textos referidos por los redactores no se conservaron en los archivos públicos.

En un aviso de último momento (*La Conservación* 2, 11 de agosto de 1872), se advertía que el número se había retrasado a causa de un “pasquín” anónimo en su contra, lo que determinó que los dos textos iniciales del siguiente número (3, 18 de agosto de 1872) se dedicaran a responderlos. En el primero, titulado “El insolente pasquin y nosotros”, la redacción identifica a los agresores dentro de la propia comunidad negra:

Empezamos en nuestro primer número por escribir sobre nuestra union que tanto la necesitamos por que vemos que sin ella no se puede llegar al término que anhelamos, tratamos sobre nuestros derechos que nos pertenecen como ciudadanos de un pueblo libre, haciendo varias citaciones sobre el pasado, citaciones que á ellos mismos les pertenecia, como individuos que han atravesado por ellas, y esos hombres sin conciencia, sin fijarse, sin considerar que empezamos á defender sus derechos, derechos que nos corresponden á todos, se lanzan al terreno de la depravacion, con insultos y con dicterios dignos de quienes son autores del inmundo papelucho (1, col. 1)

El desajuste entre la ciudad letrada y la ciudad real, planteado por Ángel Rama en *La ciudad letrada*, es una de las tensiones permanentes en las editoriales de los semanarios. En este caso la unidad pregonada por Andrés Seco en el primer número es en poco tiempo desafiada por los insultos de los propios afro-uruguayos. Según puede leerse en la Crónica escrita por Pichón en el mismo número, uno de los insultos dirigidos a un redactor es el

⁵ El archivo de manuscritos de Molina se encuentra desde la década del ochenta en el Biblomuseo “Arturo Scarone” de la Biblioteca Nacional en Montevideo. Este autor consiguió publicar, aparentemente, un único documento hacia 1835, reproducido por Pereda Valdés (*Negros esclavos y negros libres* 157-60, *El negro en el Uruguay* 249-53).

de “beodo”, que puede alcanzar como ejemplo de la mordacidad de los críticos. El texto de portada que sigue a “Nuestras palabras” denuncia a un “joven intachable”, Augusto Villanueva, calificado como “difamador de oficio” y que aparentemente pertenecía a la propia comunidad.

En el siguiente número de *La Conservación* (4, 25 de agosto de 1872) el cronista Pichón hizo pública otra de las acusaciones contra el semanario. El comentario se produce luego de un relato sobre una lectora fiel y suscritora del semanario, y su enamorado desconfiado, que analizaré más adelante. Al terminar la anécdota el cronista sostiene: “Conforme nos permitan las dimensiones del periódico iremos publicando las listas de los suscriptores para que se cercieren varios, que dicen que carecemos de estos, y entonces tendrán ocasión de ver personas suscritas por cinco y diez ejemplares” (2, col. 3). También en el número 7 (15 de septiembre de 1872) se producen algunos problemas con Pedro M. Fortet quien a través de una carta –publicada en la sección Crónica– solicitó se le quitara de la lista de suscriptores acusando a *La Conservación* de “periodiquín”.

Es posible leer en estas acusaciones cierto prejuicio blanco sobre la imposibilidad de un lector negro aún cuando la tarea de establecer históricamente el alcance de la circulación del semanario es sumamente difícil. Sin embargo, la dificultad de representarse un lector negro dentro de la comunidad imaginada nacional, y que éste forme parte de esa experiencia del tiempo “compartida” por todos, no fue fácil de digerir. Aceptar la existencia de letrados negros era ya un desafío, pero “los negros” no podían saber leer, y menos suscribirse a un semanario.

El periódico *El Progresista* no tuvo mejor suerte. A partir del N° 2 y hasta el N° 7 comienzan las respuestas a las críticas dedicadas fundamentalmente al corresponsal “Abel” y, en menor grado, a J.J. Llanes publicados ambos en el periódico *El Artesano* de Montevideo. El primero es un joven de la comunidad afro-uruguaya, que publicó una nota irónica, según los redactores, para saludar al nuevo semanario. El segundo, un supuesto lector bonaerense, que consideró “estraviadas” (4, 1, col. 4) las opiniones de los redactores y que se declaró acérrimo enemigo del semanario.

El conflicto con el corresponsal Abel ocupó todos los números de *El Progresista*, y lo que causó más indignación fue la crítica al método utilizado por el semanario para financiarse. Según el corresponsal Abel: “para la fundacion [...] se han recorrido algunas oficinas públicas, levantando una suscripción” y obteniendo una suma de dinero que alcanzaba para sostener el semanario “por algunos meses” (2, col. 1). La extensión y violencia de la polémica provocó la intermediación de un lector, José C. Gutiérrez (miembro del Club Igualdad) quien recomendó cortar las agresiones. La carta de Gutiérrez es importante por el reconocimiento de la “escases de recursos entre nosotros” para un fin como el de *El Progresista*: “Eso en lugar de ofenderlos los honra porque habrian hecho un doble sacrificio pidiendo, no para ustedes, sino para servir los intereses de una sociedad escasa de recursos [y además] en beneficio tambien de la nacion” (5, 2, col. 2). Más allá de la intervención pacificadora de Gutiérrez en el debate, el pasaje introduce una nueva variable: la desigualdad económica como traba para concretar los proyectos de la comunidad afro-uruguaya.

El acceso a la ciudad letrada de estos periodistas negros estuvo signado entonces por la polémica y los ataques desmedidos. Por un lado, la existencia de prejuicios raciales que

postulan la imposibilidad de un lector negro. Por el otro, el conflicto ante el modo de representar a la comunidad afro-uruguaya y de cómo ejercer la ciudadanía y la política partidaria. La construcción de un nosotros específico dentro de la comunidad nacional estuvo enmarcada en esta dinámica de rechazo y desconfianza, al que se suma una situación económica desfavorable.

LA CONSTRUCCIÓN DE UN *NOSOTROS*

La resistencia de los miembros de la ciudad letrada ante la emergencia de los semanarios de los afro-uruguayos tuvo como correlato la construcción de un “nosotros” restringido a un grupo de letrados que se erigen como representantes de toda la comunidad. Esta nueva auto percepción de los afro-uruguayos está vinculado con los desafíos de la ciudadanía en el presente, pero también constituye un quiebre importante con el pasado esclavista en el que el acceso a la palabra escrita pública había sido negado al esclavo.

En la primera editorial de *La Conservación*, titulado “Nuestras palabras”, Andrés Seco explicita el poder de la palabra escrita y su utilidad en la batalla por la igualdad:

Y hoy que nos es dado empuñar en nuestras manos la pluma del periodista, vamos á pintar aunque á ligeras pinceladas nuestra situación como sociales. [...]

Hagámosle comprender á esos hombres, que aún hoy nos miran en menoscabo que somos tan iguales á ellos, que aunque ostenta nuestra faz un color oscuro, tenemos un corazon que late como el mejor, y abrigamos una misma conciencia.

Que se concluyeron aquellos tiempos que tenían á nuestros padres sumisos a sus mandatos, que con una palabra los intimidaban.

Que concluyeron aquellos tiempos de barbarie en que cualquiera dándose los aires de «mandon» solo manejaban el látigo para estos infelices.

Hagámosle ver, que hoy no somos los hombres de antes. (1, col. 2)

Al asumir el poder de la palabra escrita, al utilizarla como arma contra los estereotipos racistas, Seco rompe con una tradición letrada que simulaba la voz de los esclavos “malhablados”, parodiándola como en el caso del “Canto patriótico de los negros” de Acuña de Figueroa, o creando la ficción de un yo esclavo que se dirige al Juez, recurso que utilizaban los defensores de esclavos en el ámbito jurídico. Estos dos ejemplos hacen de este gesto de “empuñar la pluma de periodista”, un hecho central en la autorrepresentación de la comunidad afro-uruguaya, así como en la percepción que los blancos tenían de ella.

Pero las palabras de Seco son importantes también en otro sentido. El pasaje citado ilustra la oscilación del redactor, que será constante en ambos semanarios, entre dos polos. Por una parte, “pintar” la situación como “sociedad”, construir un nosotros, pregonar la igualdad y la ilustración entre los afro-uruguayos; y, por el otro, la constante contraposición con el hombre blanco “mandón” y su universo de valores (que no siempre funcionará estrictamente como contraposición).

La unidad de la raza, pregonada por Seco, se plantea como “un círculo de unión”, una figura cerrada amenazada por los blancos y los propios afro-uruguayos que no comprenden, según su argumentación, la tarea que ha emprendido el semanario:

Varios habrá de nuestra misma "Sociedad" que al pasar la vista por estas líneas exclamaran llenos de asombro.

¿Quiénes son ellos para defender una justa causa de derechos?

A lo que nosotros respondemos enorgullecidos por nuestros principios y glorificandonos por nuestra tarea: contestaremos *La viña del Señor, dá frutos para todos.*

Habrán otros que llenos sus pensamientos de ideas distintas, aludirán á que nuestras doctrinas son subversivas que carecen de un purito social.

A lo que nosotros contestaremos como el hombre del Gólgota: *¡Perdonadlos Señor, no saben lo que hacen!*

¿Pero á que sembrar tantos bienes cuando nacen tantos males?

Nosotros nos presentamos defendiendo un derecho justo, un derecho de principios, un derecho sagrado; tan sagrado como el que recibió Moises por orden de Dios la cumbre del monte Sinaí. (1, col. 2)

Las palabras de Seco referentes a la tarea que emprende *La Conservación* tienen un sesgo mesiánico, acompañado por algunas referencias bíblicas, que refuerzan esa idea tan común a los letrados decimonónicos de conducir "por el camino de la civilización" a los "ignorantes", y que Seco formulará unas líneas más adelante. Las críticas de Seco se dirigen tanto a blancos como a negros. El texto "Los hombres blancos y nosotros" (13, 27 de octubre de 1872) es un buen ejemplo de este cambio:

Los hombres blancos, serán siempre los mismos, por mas que ellos quieran disimular su despego, á nuestra raza aparentando sentimientos liberales, y democráticos.

La prueba la estamos biendo con lo que sucede hoy, al Club Defenza, q' creyendo de que con ser fiel al partido por el cual tanta sangre, deramaron los hombres de color, en todas las luchas, que dicho partido á sostenido y sostiene, desde mucho tiempo, y sobre todo, en la inmemorial defenza de la nueva troya, *en que nuestra raza, con un valor á toda prueba hicieron prodigios que son unas de las pajinas mas gloriosas; de nuestra historia.*

[...]

Pero; la Republica del Uruguay no puede admitir en su Representacion á los hombres de color.

¿Porque será esto, serán los hombres de color ciudadanos legales de la República o no?

Creo que sí, una vez que cuando la Patria está en los mayores peligros llama en su defenza á todos sus hijos sin distincion de color.

[...]

¿Si todas las Naciones civilizadas dan á los hombres de color el derecho de igualdad, porque la República Oriental no lo hace tambien?

Porque los hombres de color, no han conocido que en esta República los hombres blancos, sea cual sea la opinion á que pertenezcan, son enemigos de nuestra raza.

por lo tanto conquistar nuestros derechos, olvidemos blancos y colorados y solo pensemos, que somos ciudadanos libres, y que uniéndonos obtendremos el triunfo. (1, cols. 1-2. Énfasis mío)

El principismo y su crítica a los partidos tradicionales (Ver nota 4) generó las condiciones para la construcción de un discurso propio más allá de los partidos y más allá de los prejuicios de los hombres blancos. Los afro-uruguayos de *La Conservación* no se

consideran fuera de la nación, su historia forma parte de un nosotros mayoritario. Sin embargo, la resistencia de los hombres blancos al reclamo de un lugar en el pasado y el presente de la nación, los llevó a radicalizar sus críticas y sus denuncias de discriminación. Así como la nación debía regenerarse a causa de los enfrentamientos entre el Partido Nacional y el Partido Colorado, los redactores de *La Conservación* y *El Progresista* sostuvieron que la “raza negra” debía regenerarse también, para sacar del atraso a la nación discriminadora.

La otra cara de la contraposición con el mundo de “los blancos” es la apropiación y afirmación de sus valores liberales (la democracia, la igualdad, las leyes) para hacer más firmes las denuncias y neutralizar las críticas. Esta fue una práctica consciente de parte de los letrados afro-uruguayos que se expresó con total claridad en la editorial “¡Basta de ser sumisos!” (*La Conservación* 15, 10 de noviembre de 1872): “Nadie podrá negarnos, ni contrariar nuestra propaganda, por que en ella se encierra, *la aprobación de las ideas li[b]erales de los hombres blancos* y la regeneración de nuestra raza” (1, col. 2). El nosotros de los letrados negros no se construye entonces por una mera contraposición con el mundo de los blancos sino por una apropiación estratégica de sus valores.

La legitimación del discurso propio no estuvo signada únicamente por esta utilización de los valores liberales, sino también por la utilización del discurso de los “antepasados”. Una editorial firmada por Timoteo Olivera, “Mi tema”, utiliza esta estrategia:

Comprendo lo difícil que es la misión que me propongo desempeñar [sustituir a Andrés Seco], pero, el recuerdo de *nuestros abuelos* bárbaramente sacrificados, por haber carecido de las luces suficientes, para poder hacer hoir su voz y protestar contra sus opresores, me darán el valor suficiente.

[...]

Nuestros abuelos desde su tumba están clamando; no venganza, porque en sus nobles corazones no cabían sentimientos ruines; pero sí justicia, porque la justicia es el don sagrado que nos ha legado el mártir del gólgota (p. 1, col. 1)

La tarea del nuevo redactor de *La Conservación* se legitima tomando la voz de los esclavos, convirtiéndolos en mártires y generalizando su pasividad frente al amo. Lo interesante de esta intervención es la relación de continuidad con el pasado esclavo y su incorporación al nosotros. Este discurso sirvió de legitimación para los letrados de ambos semanarios, apostando a incluir dentro de esa comunidad nacional imaginada, el recuerdo perturbador de la esclavitud como crítica a los blancos que entorpecen su entrada a la ciudadanía. Andrés Seco, en el último número de *La Conservación*, planteaba –parafraseando una cita de E. de Girardin citada al comienzo– que “El que estudia el p[re]sado lleva mucho conseguido para entrar en el porvenir” (1, col. 2). Sin que el estudio del pasado se convirtiera en un programa, su utilización fue otra de las formas de legitimar la construcción de un nosotros diferenciado en la comunidad nacional.

La insistencia de los letrados en un discurso de “unidad de la raza” estuvo acompañada por fracturas internas que no pudieron salvarse. El resultado es un “nosotros” que no sólo se constituye en relación a un otro blanco, sino también a un otro negro que acepta las reglas del blanco en el campo político. En los siguientes apartados veremos los alcances y límites de este proyecto.

UN PROYECTO LETRADO

La integración al mundo de la letra significó la entrada a la ciudadanía y al reclamo de los derechos de los afro-uruguayos. Pero la educación del público no estuvo orientada únicamente hacia ese fin. Los semanarios también postularon la “centralidad de la literatura” (Beverley 97) como parte del proyecto. Ambos intentaron, sin éxito, publicar folletines de autores europeos (Sir Walter Scott, Eleuterio Llofriu y Sagrera). Sin embargo, estos fracasos no hicieron peligrar la “centralidad de la literatura”. En otras secciones del periódico se publicaron textos del autor español José de Zorrilla e incluso una tradición del peruano Ricardo Palma (“¡Pues bonita soy, la Castellanos!”, *El Progresista*, 14 de setiembre de 1873). Al mismo tiempo, fueron publicados una enorme cantidad de textos literarios escritos tanto por los lectores como por los redactores.

Pero la necesidad de una formación letrada no consistió sólo en publicar literatura sino también en la promoción de algunas actividades del Club Igualdad. En ese sentido, los redactores de *La Conservación* apoyan con entusiasmo la propuesta de crear una imprenta y una biblioteca:

Desde mucho tiempo se notaba en nuestra sociedad, como una especie de sed por la ilustracion en la que no á todos nos era posible saciarla era porque ignorabamos la lectura de ella.

Pero ya [d]entro [de] un poco de tiempo tendrémos donde recurrir sin ecepcion.

Hahora resta á nosotros propender coadyuvar á realizarla á la brevedad posible, prestar nuestro concurso, remitiendo una obra que sirva para llenar ese objeto [...] (8 [22 de septiembre de 1872] 1, col. 2)

La introducción de la comunidad afro-montevideana en el mundo de la palabra escrita, en la producción (imprenta) y en la lectura (biblioteca), será central en el proyecto de los semanarios. El entusiasmo de los redactores se basa en la idea de la cultura escrita como índice del progreso social (Olson 25-6). De algún modo, estos letrados negros están reparando el “error” de los esclavos iletrados, construyendo una voz colectiva, pública, y legitimada por la palabra impresa. La letra es ahora una pluma que se empuña contra las diferencias raciales dentro de la comunidad nacional. Sin embargo, en esta nueva etapa, el acceso a la cultura escrita significó un modo de control social.

Las oposiciones a las denuncias de discriminación por parte de los semanarios, que obligaron a estos a justificar y argumentar en varias oportunidades sus posiciones, son un buen ejemplo de que no todo fue “progresos” en la ciudad letrada sino también conciencia de sí mismos, del peso de los estereotipos asociados al color de la piel y, en definitiva, de los límites de la ciudadanía para los grupos subalternos.

“¡LEAN QUE ES COSA SANA!”

Otro aspecto a señalar en los semanarios es la prédica de la lectura entre las mujeres. Hay en la organización de las secciones un corte de género: las lecturas destinadas al goce, al esparcimiento o el ocio corresponden a las mujeres (Crónicas, Misceláneas o Variedades),

mientras que las lecturas “masculinas” se orientan al discurso público/político de las editoriales.

La apuesta a las lectoras es explícita en las “Crónicas” de Pichón, o las “Misceláneas” de Bucéfalo, haciendo constantes referencias a las costumbres y la belleza de las mujeres afro-montevideanas. La frase “¡Lean que es cosa sana!” fue tomada de una de estas misceláneas de Bucéfalo (*El Progresista* 3, 18 de setiembre de 1873) y es el título que encabeza un poema a “una negra virtuosa”:

Tan negra es más blanca muchas veces
 Por sus costumbres que las blancas mismas;
 Y hay en un cuerpo como almizcle oscuro,
 La candidez del alcanfor más puro.
 Entonces se asemeja
 Su tez á la pupila de los ojos,
 Que negra *nos parece*
 Y es una luz que viva resplandece. (3, col. 1, énfasis mío)

El modelo de esta mujer negra y virtuosa intenta borrar el color de la piel para destacar que, por sus costumbres, esa mujer es “más blanca que las blancas”. Fue Frantz Fanon quien analizó, desde el psicoanálisis, esta mimesis con el mundo blanco: “Para él [el hombre negro] hay un solo tipo de salida, que da al mundo blanco. De ahí esa permanente preocupación por llamar la atención del blanco, esa voluntad tenaz de adquirir las propiedades del revestimiento, es decir, la parte de ser y de tener que entra en la constitución del yo. [...] el negro intenta ingresar en el santuario blanco por el interior” (80). Como en la apropiación de los valores liberales “blancos” para los hombres negros, también las virtudes de las mujeres “blancas” son válidas para las mujeres negras. La pregunta es si esta práctica mimética (Bhabha) perturbó el discurso del “blanco” como lo hizo la apropiación de los valores liberales en el discurso público.

Una respuesta posible es la representación de la mujer negra como lectora ociosa, y al mismo tiempo, como acérrima defensora de los semanarios. Una crónica publicada por Pichón en el 4 (25 de agosto de 1872) de *La Conservación* relata un hecho ejemplarizante:

En la calle de Canelones á tenido lugar un suceso terrible.
 El caso es el siguiente.
 Vive en dicha calle una graciosa morocha, la cual tenía amores con un jóvencito que estaba locamente apasionado de ella.
 Supimos del tratamiento que se daban de *me quieres negrita, si mi viejo* y otras frases que empleaban los amantes.
 Vamos al suceso.
 El domingo al leer esta graciosa niña la marítima de nuestro periódico corre á la puerta, y en eso dan las seis de la tarde.
 A las seis y media aparece el tenorio en miniatura. Empezaron los cuanto te amo, te adoro, ¿me traes el retrato? no, hasta que tú no me des el pelito que te he pedido.
 La niña entonces con un movimiento de cuerpo le dice: ¿Has leído *La Conservación*?
 No! le contesta ni la he visto, ni pienso leerla.
 Porqué mi negro? Pues yo quiero que tú la leas.

Y yo no quiero.
 Pues se me ha puesto que te tienes que suscribir
 –¿Pero no ves que es un periódico sin razón
 –No sé nada de eso tienes que suscribirte y leerlo porque es un periódico perteneciente a nuestra sociedad.
 –No tengo que ver nada con eso si no que se me ha puesto el no suscribirme a semejante periodiquín.
 –¡Caballero veo que usted, con esta contestación me falta!
 –Perdón mi vida, yo besaré el suelo que tu pisas; mi viejita no te suscribas y no lo recibas más.
 –Le digo a usted que soy suscritora y que hemos concluido
 –En ese caso habremos concluido nuestros amores
 –Nada me importa [...]
 He aquí lectoras un enemigo mas a nuestro periódico y una defensora mas también.
 Le damos las gracias de nuestra parte á esta señorita por la prueba que ha dado de simpatías hacia nuestro periódico. [...] (2, cols. 2 y 3, énfasis es del autor)

El largo pasaje se justifica por esta escena pedagógica que muestra a una mujer negra lectora decidida a terminar con sus amoríos por defender a *La Conservación*. La escena fue utilizada para responder a los ataques que el semanario había recibido. Más allá de este hecho es importante destacar que el cronista representa la fidelidad de la lectora como algo irracional, “no entiendo nada de eso”, cuando el enamorado argumenta que es un periódico “sin razón”. La lectora no desarrolla los argumentos que en las editoriales de *La Conservación* se destinan a persuadir a la comunidad (¿masculina?) para la acción política. La lectora fiel espera leyendo en el hogar la llegada del hombre.

El sujeto interpelado en las editoriales es un sujeto masculino, mientras en las crónicas es la mujer. De este modo, el proyecto letrado de *La Conservación* y *El Progresista* reprodujo las oposiciones sexistas de la cultura burguesa decimonónica que destinaban, entre otras cosas, el ámbito público y la racionalidad al hombre y el ámbito doméstico y la irracionalidad a la mujer.

LA “RAZA”, LOS SEMANARIOS NEGROS Y LA HISTORIOGRAFÍA LITERARIA

Los semanarios analizados en este trabajo evidencian la existencia de un público y una literatura producida y consumida por los afro-uruguayos a finales del siglo XIX como parte del proceso de consolidación del Estado-nación. La representación de la “sociedad de color” sobre el papel implicó un “progreso” pero también una mayor conciencia de los límites de la ciudadanía, el peso del color de la piel y los estereotipos coloniales, así como las fracturas internas dentro de la propia comunidad afro-uruguaya y su deseo de construir un “nosotros” específico dentro de la comunidad nacional imaginada.

Más allá de lo que estos semanarios representan para el estudio del siglo XIX, la relación de la prensa periódica con la literatura, la formación de ciudadanos y lectores, o la imaginación de una comunidad nacional racialmente homogénea, quisiera aproximarme en este apartado a una explicación del escaso interés que los estudios literarios dieron a la escritura de los afro-uruguayos en el siglo XIX.

La historiografía liberal de la literatura en Uruguay tuvo en Carlos Roxlo y Alberto Zum Felde a dos de sus exponentes más importantes en el período en que las historias literarias comienzan a decaer (Gonzalez Stephan 178-9). Es el primero de ellos, por influencia de Taine, quien reflexionó sobre la “raza” en los términos de la retórica del origen propio de los discursos nacionalistas:

Nuestra literatura poética nació espontáneamente y sin estímulo, junto con los fogones revolucionarios y bajo la enramada de los ranchos de totora. El gaucho fue nuestro primer poeta, despertado al sentimiento de lo bello por sus atavismos de raza, por lo constante de su comunicación con la naturaleza, y por las oscuras melancolías de su vida nómada. El tordo charrúa le dio sus hurañeces y la sangre española sus hidalguías [...] Nuestro pueblo, como dice Bauzá, formose por el estrecho lazo con que el poder despótico de la península unió a los hijos del indígena sometido, el portugués capturado y el español de progenie humilde, naciendo de esta amalgama de elementos heterogéneos. *Una raza* con miras y tendencias propias, con carácter especial, y con aspiraciones bastante sospechables de libertad e independencia. Esa raza, que se esparció por los campos más que por las ciudades, en busca de sol libre y de amplitud de vuelo, conservó siempre la hurañez y la melancolía... (Roxlo 35, énfasis mío)

La raza que dio origen a la poesía, y por lo tanto a la literatura uruguaya, es para Roxlo una mezcla, una “amalgama” de dos razas, la charrúa y la europea (española/ portuguesa). La “raza africana” es excluida de este paisaje. Algunos años antes Fernández y Medina elaboraba una historia de la prensa y la imprenta en Uruguay en donde no se hace mención a los semanarios de los afro-uruguayos. ¿Cómo puede leerse la resistencia a los semanarios en su contexto a partir de estos ejemplos historiográficos? ¿Qué tan exageradas fueron las demandas de igualdad y las denuncias de expresiones como “los negros no son gente”?

A partir de 1940 Ildefonso Pereda Valdés realizó un importante aporte a la investigación de los afro-uruguayos, que había comenzado a perfilarse en los años veinte. Este autor realizó, en la segunda edición de *Negros esclavos y negros libres* (1941) y bajo el título “Desarrollo intelectual del negro uruguayo” (205-13), un importante aporte a la historia de la escritura de los afro-uruguayos. En este trabajo Pereda asocia la palabra escrita a lo que llama “el intelecto negro”, e implícitamente reduce este “desarrollo intelectual” a la utilización de la palabra escrita. Allí sostiene:

En el Uruguay a fines del siglo XIX los hombres de color cultivaron el periodismo a través de unos pocos periódicos que querían expresar con sus editoriales su derecho a vivir con una convivencia más comprensiva en una sociedad que evidentemente los despreciaba e inequívocamente no los asimilaba. (206)

Para Pereda, la escritura es un “signo *visible* de la razón”, una idea heredada de la Ilustración y consolidada con la difusión de la imprenta en Occidente (Gates 8) por lo que el periodismo constituye una marca del “intelecto negro”. Pero en este caso, su interés está en las editoriales y su demanda de igualdad. Sin embargo, los periódicos de los afro-uruguayos contaron con una abundante producción narrativa y poética que desde la perspectiva de Pereda, parecen invisibles. El problema surge de su relato de la literatura “afro-uruguaya”, cuyo “iniciador” es el poeta “blanco” Francisco Acuña de Figueroa. ¿Por

qué no incluir a Jacinto Ventura de Molina, de quien se transcribe un documento? ¿Por qué no considerar la literatura publicada en los periódicos? Quizá esto se deba a una concepción elitista de la literatura, y entonces se entiende que haya que esperar a un “poeta” negro, con una “obra” publicada en libro para ser considerado. Esto es lo que hace Pereda al ubicar la literatura escrita por los afro-uruguayos en la segunda década del siglo xx. Creo que esta explicación no es suficiente y que es necesario explorar por otros caminos.

Es necesario, por ejemplo, revisar la noción de “literatura nacional” y las categorías heredadas de la historiografía liberal que la construyó, desde una perspectiva que tenga en cuenta las selecciones y los borramientos sobre los que está fundada. “[H]ablar de raza –sostiene Dolores Aponte-Ramos– se constituye en un formato que desestabiliza las formas de conocimiento” (479). Creo que el casi total desconocimiento de los semanarios afro-uruguayos *La Conservación* y *El Progresista*, como la falta de un estudio sobre el periodismo de los afro-uruguayos, nos hablan de la necesidad de re-pensar la producción cultural latinoamericana y, al mismo tiempo, de las herramientas con las que se construye ese conocimiento.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, Jesús Timoteo y Ascensión Martínez Riaza. *Historia de la prensa hispanoamericana*. Madrid: Mapfre, 1992.
- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. [1983]. Buenos Aires: F.C.E., 2000.
- Andrews, George Reid. *Los afroargentinos de Buenos Aires*. [1980]. Buenos Aires: De la flor, 1989 .
- Aponte-Ramos, Dolores, dir. “Hacia una nueva geografía del color: los afroiberoamericanos”. *Revista Iberoamericana* 188-189, *Literatura Afro-hispánica* (1999): 479-80.
- Ardao, Arturo. *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*. [1950]. Montevideo: Universidad de la República, Departamento de Publicaciones, 1968.
- Asencio, Pilar. “Eufemismos y relaciones interétnicas en Uruguay”. *Grupos minoritarios en Uruguay*. Graciela Barrios, Luis E. Behares y Sonia Romero Gorski, orgs. Montevideo: Publicación electrónica del CEIU / FHCE, 2001. (www.fhuce.edu.uy)
- Bhabha, Homi K. *El lugar de la cultura*. [1994]. Buenos Aires: Manantial, 2002.
- Balibar, Etienne, e Immanuel Wallerstein. *Race, nation, classe. Les identités ambiguës*. Paris: La Découverte, 1997.
- Beverley, John. “Gracián, o la sobrevaloración de la literatura (barroco y posmodernidad)”. *Una modernidad obsoleta: estudios sobre el barroco*. Caracas: A.L.E.M., 1997.
- Cornejo Polar, Antonio. “La literatura hispanoamericana del siglo xix: continuidad y ruptura (Hipótesis a partir del caso andino)”. *Esplendores y miserias del siglo xix. Cultura y sociedad en América Latina*. Beatriz González Stephan, Javier Lasarte, Graciela Montaldo y María Julia Daroqui, comps. Caracas: Monte Ávila / Equinoccio / Ediciones de la Universidad Simón Bolívar, 1995. 11-23.

- Díaz, César L. "Los negros porteños, también hicieron periodismo". *Revista de Historia Bonaerense* 16 (Marzo de 1998): 13-15.
- Fanon, Frantz. *¡Escucha, blanco! (Peau noire, masques blancs)*. [1952]. Barcelona: Nova Terra, 1970.
- Fernández y Medina, Benjamín. *La imprenta y la prensa en el Uruguay desde 1807 a 1900*. Montevideo: Dornaleche y Reyes, 1900.
- Gates, Henry Louis Jr., ed. "Editor's introduction: Writing «Race» and the difference it makes." *Critical Inquiry* 12/1, «Race», *Writing, and Diference* (1985): 1-20.
- González Stephan, Beatriz. *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. La Habana: Casa de las Américas, 1987.
- Moraña, Mabel, ed. *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*. Pittsburgh: ILLI, 1997.
- Oddone, Juan Antonio. *El principismo del setenta. Una experiencia liberal en el Uruguay*. Montevideo: Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias, Instituto de Investigaciones Históricas, 1956.
- Olson, David R. *El mundo sobre el papel. El impacto de la escritura y la lectura en la estructura del conocimiento*. [1994]. Barcelona: Gedisa, 1998.
- Pereda Valdés, Ildelfonso. *Negros esclavos y negros libres. Esquema de una sociedad esclavista y aporte del negro en nuestra formación nacional*. Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública, 1941.
- _____. *El negro en el Uruguay. Pasado y presente*. Montevideo: Revista del Instituto Histórico y Geográfico, 1965.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. [1984]. Montevideo: Arca, 1998.
- Ramos, Julio. *Desencuentros con la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: F.C.E., 1989.
- Rocca, Pablo. "Literatura, periodismo y testimonio de los «principistas del 70»". *Las otras letras*. Leonardo Rossiello, comp. Montevideo: Graffiti, 1994.
- Roxlo, Carlos. *Historia crítica de la literatura uruguaya*. Montevideo: Barreiro y Ramos, 1912.
- Wschebor, Isabel. "La Biblioteca de El Siglo y las mujeres burguesas". *Boletín de la Academia Nacional de Letras* 9 (2001): 89-115.
- Zum Felde, Alberto. *Proceso intelectual del Uruguay*. [1930]. Montevideo: Nuevo Mundo, 1967.

SEMARNARIOS CITADOS

La conservación
El progreso